

Ratio - Progreso - Desarrollo - Ecocidio

Ana Simesen de Bielke*

Resumen:

Sabemos que Occidente nos transfiere un tipo de 'racionalidad' emigrada desde aquel Primer mundo con el comercio, el colonialismo, la industrialización y la economía de mercado.

Tal racionalidad siempre ha estado asociada -además- a un tipo de conocimiento científico y tecnológico al servicio del poderío militar imprescindible para llevar a cabo la expansión de cierto proyecto "civilizatorio" que, entre otras cosas, tiende a homogeneizar el planeta a través de la tríada ecocida ratio-progreso-desarrollo.

La culminación de aquélla es el pensamiento único difusor de la monocultura y el monocultivo de la esterilidad transgénica.

Sin embargo, el rostro del logocentrismo se ha transparentado como nunca: ¿será posible construir un futuro futurible reclamado desde todas las voces insumisas que luchan por la preservación de la vida, amenazada como nunca por la devastación de los recursos propia del Imperio?

Palabras clave:

Ratio - Progreso - Desarrollo - Ecocidio

Abstract

Ratio - Progress - Development - Ecocide

We know that the West gives us a type of 'rationality' coming from the First World, with commerce, colonialism, industrialization and market economy. In addition to this fact, such rationality has always been related to a type of scientific and technological knowledge in the service of the military power necessary to carry out the expansion of a "civilizing" project that, among other things, tends to homogenize the planet through the ecocidal triad: ratio - progress - development. The culminating point of the triad is the unique way of thinking that spreads the monoculture of the transgenic sterility. However, the face of logocentrism has revealed itself more than ever. Will it be possible to build the future claimed by all the submissive voices that struggle to preserve life, threatened more than ever by the Empire's devastation of resources?

Key-words:

Ratio - Progress - Development - Ecocide

Hay momentos en la vida en que la cuestión de saber si uno puede pensar de otra manera de cómo piensa y percibir de otra manera de cómo percibe, es indispensable para continuar mirando y reflexionando (M. Foucault)

* Facultad de Humanidades - UNSa - CIUNSa - INEAH.

Según es sabido, una cultura es el conjunto de historias que dan cohesión a una sociedad, como por ejemplo sus relatos sobre sus orígenes o biografía, que le proveen, al menos una precaria carta de identidad.

Nuestra cultura está compuesta de muchas historias en su base. Fundamentalmente, la que tiene que ver con el origen mismo del occidente europeo, con su tradición griega y bíblica. Pero también con la triste herencia del descubrimiento-encubrimiento-conquista de América.

Desde siempre la estrategia de dominación, aparte de la superioridad militar, fue la construcción de discursos legitimatorios que, parafraseando a Rousseau, cubriesen con guirnalda de flores las pesadas cadenas de los dominados. Baste recordar solamente las antinomias que, desde la modernidad cronológica en adelante, sostuvieron tales construcciones discursivas: civilización-barbarie; naturaleza-cultura; mente-cuerpo; materia-espíritu, mujer-hombre; negro-blanco, ciudad-pueblo; metrópolis-colonia; trabajo-vida.

Es sabido también que este maniqueísmo en el plano de lo simbólico, siempre ha significado en los hechos la *guerra de todos contra todos*: del hombre contra la naturaleza, del hombre contra la mujer, del espíritu contra la materia, o, dicho de otra forma, de la razón blanca, patriarcal, falócrata contra sus colonias: la naturaleza, las mujeres y el tercer mundo.

Sin embargo, este diagnóstico que -en vistas de nuestro presente histórico, transparente de manera apocalíptica la realidad de la trama-, se ha ido anunciando desde diferentes perspectivas teóricas y vitales. Ha ocurrido también, que tal crítica ha sido ubicada también dentro de las dicotomías maniqueas -ya derecha o izquierda- de la razón blanca y sus secuaces periféricos, por así decirlo.

Nuestro presente histórico es grave, nuestro advenir es incierto. Si esperamos un futuro futurible, nuestra espera debe serlo como militantes activos de la vida misma. Para ello, se hace necesario desenmascarar, desde cada uno de nuestros lugares, el infernal soporte de nuestra "civilización" occidental: un cierto tipo de 'racionalidad' asociada al conocimiento científico y tecnológico al servicio, fundamentalmente, del poderío militar. O, dicho de otra forma, la descolonización del conocimiento y de la *metodolatria* adjunta se nos presenta como una tarea de emergencia ante la destrucción de la *physis*, de la naturaleza como la llamaban los griegos. Destrucción que, sin embargo, no es percibida en toda su dimensión por la mayoría de las poblaciones inmersas en el proceso de occidentalización iniciado, tanto con la inmigración de los europeos hacia las Américas y Australia, como por la implantación de la civilización de sus armas, de sus técnicas, de sus sistemas de creencias, allí donde hubiesen instalado sus zonas de penetración.

Desde la era planetaria inaugurada con la revolución copernicana al momento presente, escuchamos el oscuro derrumbarse de nuestro *oikos*. Es que esta era planetaria en sí misma, se ha iniciado y desarrollado en y por la violencia, por la feroz explotación de los recursos de las colonias. Eso fue y es el capitalismo, en cualquiera de sus fases: expansionista, homogeneizador, propagador de la monocultura y el monocultivo llevado a cabo por la *mano invisible del mercado*. Tampoco se liberan de estas acusaciones los socialismos reales, en la medida que pusieron todo el acento en el desarrollo industrial y armamentístico descontrolado.

Y ahora la guerra más violenta que la humanidad haya presenciado, la guerra del capitalismo en su fase neoliberal; consecuencia lógica de absorción de mercados y riquezas naturales por parte de los países 'desarrollados' con Estados Unidos a la cabeza. Subversión progresiva, entre otras cosas, de toda la política de derechos humanos y otras normas internacionales a través de la militarización de todo conflicto en pos de la captación de los recursos energéticos mundiales.

El monstruo ha transparentado enteramente su rostro. Sin embargo hace tiempo ya que EEUU viene desafiando sistemáticamente el derecho internacional, entre otras cosas, al desvincularse de la Corte Penal Internacional, del Protocolo de Kyoto; la no ratificación del

Convenio sobre los Derechos del Niño (1989), ni del Acuerdo sobre los derechos económicos, sociales y culturales (1966), ni del Convenio sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra las mujeres (1979), ni tampoco el protocolo de 1989 que completa el acuerdo dirigido a prohibir la ejecución de menores, que todavía se practica en Arabia Saudita, Irán, Nigeria y la República del Congo (Nair, S., 2003, N°44)

Efectivamente EEUU dio impulso a la política de Derechos Humanos mientras asistíamos aun a la bipartición del mundo. Pero es una verdad de perogrullo que desde la inauguración del “nuevo orden mundial”, tal política no sirve a sus intereses, fundamentalmente, la que tiene que ver con los derechos llamados de tercera generación ligados a la protección del medio ambiente.

En fin EEUU es sólo el ejemplo más estruendoso del Titanic ‘civilizatorio’ occidental, la consumación del diseño fáustico de la *ratio* a punto de embestir al iceberg o, de otra forma, de abrir la caja de Pandora con la aventura de la guerra. La razón se resquebraja, el corazón del mundo se estremece. Difícil visualizar la esperanza contenida en la caja de Pandora...

Más difícil aún deconstruir la cultura occidental y que el común de las gentes pudiese entender que se ha vivido a la *sombra de una larga impostura* durante el largo viaje de la mano del ‘progreso’.

Breve recorrido de la ratio capitalista

Según es sabido, la gestión de la centralidad del sistema dominante viene de lejos. La mayoría de los estudios históricos o deconstructivos la sitúan en la Modernidad cronológica. Dussel señala la importancia de distinguir diversos momentos en el proceso de las Modernidades (Dussel, E., 2000)

Por un lado, la Modernidad hispánica, humanista, renacentista, ligada aún al antiguo sistema interregional de la cristiandad mediterránea y musulmana:

Es decir, España “maneja” la “centralidad” como el dominio a través de una cultura integral, una lengua, una religión (y de allí el proceso evangelizador que sufrirá Amerindia), como ocupación militar, organización burocrática-política, expropiación económica, presencia demográfica (con cientos de miles de españoles o portugueses que habitarán para siempre América Latina), transformación ecológica (por la modificación de la fauna y la flora), etc. Se trata del “Imperio-mundo” (...) que fracasa con Carlos V (Op.cit: 58-59)

Señala Dussel, asimismo, que esta modernidad hispánica, renacentista y humanista del siglo XVI, se plantea la cuestión ética fundamental expresada en la pregunta: ¿qué derecho tienen los europeos de ocupar y dominar las culturas recién descubiertas, militarmente conquistada y en proceso de colonización? Baste recordar a Bartolomé de las Casas advirtiendo que la expansión europea en Amerindia y la consecuente implantación de su sistema de creencias, no tiene derecho alguno y es, por lo tanto, violencia injusta, ilegítima y no puede justificarse éticamente.

Por otro lado, la Modernidad del centro de Europa, iniciada con Amsterdam en Flandes, que, en la mayoría de los discursos, pasa como la única modernidad, según los reduccionismos de Weber, Habermas o los posmodernos en general.

Desde el siglo XVII, la “segunda Modernidad”, no tuvo escrúpulos de conciencia con preguntas que ya estaban respondidas de facto: desde Ámsterdam, Londres o París (en los siglos XVII y XVIII en adelante) el “eurocentrismo” (superideología que fundará la

legitimidad de la dominación del sistema mundo) no será puesto en cuestión nunca más, hasta finales del siglo XX-y esto, entre otros movimientos, por la Filosofía de la Liberación (op.cit.: 59)

En cuanto al nuevo paradigma científico moderno que se formula en el siglo XVII, funda el sistema del mundo en la abstracción y formalización imprescindibles para el fortalecimiento y expansión de la nueva ratio capitalista. La necesidad de implantarse como eficaz, unida a la factibilidad tecnológica de rendimiento económico, de “gestión” de un sistema-mundo en expansión, habla del proceso de simplificación por “racionalización” del mundo de la vida y de sus subsistemas (económico, político, religioso, etc.).

La subjetividad será reducida al pensamiento, simplificada, postulada como un yo pienso, distinto del cuerpo, considerado éste como mera máquina- res extensa- del todo extraña al alma. El nuevo tipo de racionalidad descorporiza el conocimiento, a la vez que devaluó el conocimiento incorporado, así como los conocimientos operantes en las tradiciones de las comunidades locales.

Es interesante recordar que el paradigma científico moderno, en tanto asociado al diseño del nuevo sistema-mundo, tiene como uno de sus actos fundacionales, el holocausto de las mujeres-brujas, en tanto representantes de saberes holísticos no acordes con la razón capitalista simplificadora-reduccionista-falócrata. En este proceso homogeneizador occidental, las víctimas son, entonces, las mujeres, la naturaleza y el tercer mundo. Pues, antes se los ha declarado inmaduros, impuros, no-desarrollados, salvajes, románticos...

Carolyn Merchant (1980) ha mostrado el nexo entre la tortura de las brujas y el auge del método científico empírico, o, lo que es lo mismo, se destruye paralelamente el cuerpo femenino y el cuerpo de la naturaleza: a ambos se los necesita como fuentes de materia prima para el modo de producción capitalista (es un dato importante que no ha existido un asesinato en masa de mujeres en ninguna de las sociedades “salvajes” de Africa, Asia o Sudamérica y menos aún que durase casi tres siglos.

Al respecto, parece pertinente recordar alguna de las voces insumisas que reivindicaron tempranamente a la mujer ‘bruja’ desde otra forma de contar la historia:

(...) La mujer nace ya hada. En los períodos de exaltación, que se suceden regularmente, se convierte en Sibila. Por amor, en Maga. Por su agudeza, su astucia (a menudo fantástica y bienhechora) es una Bruja hechicera que atrae la buena suerte, o , por lo menos, alivia las desgracias.

Todos los pueblos primitivos empiezan de la misma manera (...). El hombre caza y combate. La mujer piensa e imagina, engendra a los sueños y a los dioses; ciertos días se vuelve vidente, roza el infinito del deseo y del sueño. Para contar mejor el tiempo, observa el cielo, sin perder su interés por la tierra. Cuando joven y hermosa, contempla las flores amorosas y las cohoce muy bien. Más tarde, ya mujer, las utiliza para curar a aquellos que ama.

¡Así de sencillo es el inicio de las religiones y de las ciencias! Más tarde todo se complicará; veremos aparecer a los especialistas: juglar, astrólogo o profeta, nigromante, sacerdote, médico. Pero, en el principio, la mujer lo era todo (Michelet, J., 1987: 29).

La complejidad de la vida misma, la conciencia participativa del cosmos, la sabiduría incrustada en la naturaleza, se deja de lado en este itinerario violento de la razón simplificadora, madre legítima de lo que Serres (1994) llamará ciencia real en tanto saber de la realeza, de la corona, del universalismo totalitario en expansión.

Se estableció una violencia similar entre las metrópolis y las colonias de Asia, Sudamérica y África. Únicamente después de haber matado a las brujas como representación de la “mala mujer” pudo emerger una nueva imagen de la “buena mujer” en los siglos XVIII y XIX. El nuevo ideal de femineidad, basado en la mujer de la clase burguesa, era necesario para la división social y sexual del trabajo, la división entre producción y reproducción, producción y consumo, trabajo y vida, sin la cual no podría haber despegado el capitalismo (Mies, M./Shiva;V., 1997: 55)

La consecuencia más grave del itinerario de la razón científica, es, en efecto, la crisis ecológica. Esta no es una catástrofe inevitable propia del devenir natural, sino que es producto cultural pues, como es sabido, la concepción reduccionista del mundo, la revolución industrial y la economía capitalista son los componentes filosófico, tecnológico y económico de un mismo proceso.

Si el capitalismo comercial se asienta en la producción especializada de mercancías, requiere entonces, una producción uniforme y un uso unifuncional de los recursos. Un ejemplo de entre muchos, se presenta con la explotación “científica” de los bosques, reducidos a madera comercializable, a fibra celulosa, a experimentación genética para incrementar la productividad, sin tener en cuenta la reducción de agua generada por el bosque, la destrucción de la biodiversidad, etc.

Otro ejemplo es el de los OGM (organismos genéticamente modificados): a pesar de las millonarias cifras pagadas por las grandes firmas autodenominadas empresas de ciencias de la vida (Monsanto, Syngenta, Aventis, Dupont, Dow, etc.), para deslegitimar las investigaciones sobre el poder contaminante de los OGM, se sabe perfectamente que

Si las pruebas a campo abierto se generalizan, la contaminación tornará rápidamente imposible el cultivo biológico. Ello significaría cerrar una posibilidad vital y económicamente prometedora para el futuro, y también privar al agricultor de su libertad de elección. Se sabe también que los OGM, concebidos para resistir a los herbicidas y pesticidas, provocan la evolución de hierbas super-malas y de super-depredadores; pueden invadir el patrimonio genético del que depende la agricultura y reducir su variedad. En síntesis, los cultivos de OGM, si no se realizan en un medio aislado, constituyen una grave e irreversible irresponsabilidad desde el punto de vista ecológico (George, S., 2003).

Es pertinente hacer una brevísimo recorrido por los usos de la palabra desarrollo en sentido geopolítico (Apffel, M., 1995:21-26). Uno de los primeros usos lo encontramos en Lenin en su obra *El desarrollo del capitalismo en Rusia: el proceso de formación de un mercado interno para la industria en gran escala*. Se enfatiza, allí, el proceso de industrialización como el motor para la transformación de los agricultores en proletarios trabajadores de fábricas en pos de la reorganización de la sociedad. Efectivamente, este proyecto fue puesto en práctica casi veinte años después. Durante el período stalinista, la noción de “desarrollo” se asimiló a una “vía no-capitalista de desarrollo” para el caso de regiones en las que no había industrialización y el capitalismo no podía ser introducido.

Otro contexto de uso de la palabra “desarrollo” fue en el ámbito del colonialismo. La expresión “desarrollo colonial” no estaba referida al bienestar de los pueblos, sino más bien al desarrollo de los recursos mediante la organización de la gente y equipos de modo que los recursos pudiesen ser extraídos con mayor provecho para las potencias. Solamente después de la Segunda Guerra Mundial, los economistas y teóricos de la modernización asignaron a “desarrollo” una connotación positiva asociada al bienestar.

El desarrollo colonial no tuvo nunca la intención de beneficiar al colonizado. El modo industrial de producción fue exportado a las colonias con el propósito de forzar a la gente a convertirse ya en trabajadores en las fábricas o en las plantaciones utilizando medios tales como la imposición de impuestos en efectivo. De esta manera, ya forzando directamente a la población a la economía monetizada o indirectamente arrinconando a la población nativa en áreas de tierra insuficientes para su subsistencia, se fabricó un nuevo modo de migración, sin retorno, de la subsistencia. En el proceso, el desarrollo cesó de ser un instrumento de bienestar para todos. En vez de eso, se volvió un medio para la producción incrementada, de escala masiva, una “metodología” para el sector de producción al cual los sectores de subsistencia fueron uncidos en una relación de dependencia y dominación. (op.cit.: 23-24)

En cuanto al uso de “desarrollo” en relación a “bienestar” se atribuye al Presidente Truman que, con el debido asesoramiento de sus expertos, implementó un nuevo dualismo: el que existe entre las naciones industriales avanzadas -desarrolladas- y las áreas “subdesarrolladas” del mundo, susceptibles éstas de un desarrollo potencial:

Debemos embarcarnos en un audaz programa nuevo para hacer disponibles los beneficios de nuestros avances científicos y nuestro progreso industrial para el mejoramiento y crecimiento de las áreas subdesarrolladas (*Inaugural Address, 1949, A Decade of American Foreign Policy*, cit. en Apffel Marglin, 1995: 25)

Sin embargo, si nos situamos en el ámbito de la historia del pensamiento occidental, en la antigüedad clásica, desarrollo significaba el despliegue de cualidades virtuales hacia su plena efectivización. El límite y la norma de un organismo era la madurez biológica a la que se dirigía el desplegarse de aquél. La physis, la naturaleza, estaba dotada de una dynamis propia, de una potencia vital que contenía en sí misma sus propias leyes de desarrollo, como también sus límites como polos de referencia teleológicos. La racionalidad griega considera lo ilimitado como desmesura. La physis es un organismo vivo que, como tal, tiene sus ciclos de nacimiento, crecimiento y muerte. Por lo tanto el tiempo es concebido circular. La concepción de lo ilimitado e infinito comienza a delinearse en Occidente con la tradición judeocristiana, asimilándose la perfección a la infinitud. La concepción del tiempo también cambia: se hace lineal y dirigido al encuentro con Dios al final de los tiempos.

Con la ciencia moderna galileo-newtoniana se transita *del mundo cerrado al universo infinito*. El nuevo proyecto teórico -la física matemática- aprehenderá al ente físico como aquello se deja asir por relaciones espaciales y temporales según las medidas de masa, fuerza, velocidad, etc. Para este abordaje se necesita el cálculo y la medición numérica. La racionalidad moderna se constituye, entonces, en esta dimensión científico-tecnológica. El hombre se separa de la naturaleza: ésta es extensión espacio-temporal infinita, homogénea, masa neutra de átomos; solamente le cabe la función de estar a disposición del nuevo hombre burgués que puede explotar y extraer a mansalva sus recursos pues ahora, carece de finalidad en sí misma.

La verdad, la bondad y la belleza se autonomizan. La verdad será alcanzada de la mano del “método correcto”. La comprensión del mundo no será un ejercicio ético, pues la razón moderna se ha encargado de formalizarlo y desacralizarlo.

Asimismo, como lo señala Stephen Toulmin (2001), la nueva ciencia moderna se presenta como una alternativa de certeza a las turbulencias que marcan el siglo XVII. Por otra parte, esta ciencia formalizada propia de una conciencia no participativa del cosmos, desespiritualizada, viene bien para superar la magia renacentista, llámese alquimia, hermetismo, astrología, hechicería o brujería.

Además el nuevo modo de conocimiento no sólo evitaba enfrentar a la divinidad cristiana, sino que al hacer de la naturaleza una gran máquina, su cosmología implicaba positivamente un Gran Hacedor (Apffel Marglin, 1995: 212).

La racionalidad científico-tecnológica moderna occidental inaugura la concepción del progreso indefinido: todo límite debe superado. La antigua idea de desarrollo como un desplegarse de una forma inmanente desaparece para siempre. La razón imperial científico-tecnológica se identifica con el “progreso” representado por sí misma; expandir y occidentalizar el mundo es su destino.

El proceso de mercantilización implícito, convierte, entonces, cuerpo y mundo en factores de producción. Tal proceso transforma el ambiente integral –humano y no humano.

En nombre de una confusión interesada entre crecimiento y desarrollo, los estados del Norte y Sur persisten en la destrucción sistemática del medio natural. Los atentados contra los suelos, las aguas y la atmósfera se suceden sin solución de continuidad. Urbanización galopante, deforestación tropical, contaminación de las capas freáticas, los mares y los ríos, calentamiento del clima, empobrecimiento de la capa de ozono, lluvias ácidas: desastres ecológicos que ponen en peligro el porvenir de la humanidad. Cada año desaparecen seis millones de hectáreas de tierras cultivables debido a la desertización. En todo el mundo, la erosión y la sobreexplotación merman la superficie cultivable a un ritmo acelerado. La contaminación industrial de los países del Norte y la pobreza de los países del Sur (deforestación, abandono del barbecho, etc.) desestabilizan los equilibrios ecológicos. Lógicas económicas y políticas absurdas permiten que millones de seres humanos sigan muriendo de hambre.

(...) Tanto en el Norte como en el Sur, ha sonado la hora de abandonar el modelo de desarrollo que hemos seguido durante siglos, para enorme desgracia de la Tierra y sus habitantes (Ramonet, 2002: 159-160)

Conclusión

Quando ya ni cifras ni figuras
sean las claves de todas las criaturas,
cuando aquellos que cantan o se besan
sepan más que los profundos sabios;
cuando el mundo vuelva a la vida libre
y está de regreso al mundo,
cuando de nuevo luz y sombras
se desposen para engendrar claridad auténtica,
y, en cuentos y poemas,
se reconozcan las eternas historias del mundo,
entonces de una sola, secreta palabra,
huiré todo ser pervertido (Novalis)

Nuestro presente histórico devela crudamente los cimientos sobre los que se ha construido la “sociedad civil” declamadamente igualitaria, democrática, pacífica y progresiva: la violencia masculina patriarcal capitalista. Violencia que no cesa sobre las mujeres y la gente “no blanca”. Violencia que, en el momento presente, ni siquiera se traviste con los recursos romantizadores del “buen salvaje”, de la “buena mujer”, de la “tierra virgen”. Violencia que atenta contra la preservación de la vida sobre el planeta. Violencia que ha puesto en evidencia que el modo industrial de producción y sus implicancias humanas son represivas y

antidemocráticas. Violencia capitalista y desarrollo son equivalentes a desarraigo masivo de hombres y mujeres de las instituciones tradicionales, ya religiosas o culturales.

El tema de nuestro tiempo es la resistencia. Sabemos que los dueños del mundo no coinciden con quienes tienen el poder político, sino quienes controlan los mercados financieros, los grupos mediáticos planetarios, la autopistas de la información, las industrias informáticas y las tecnologías genéticas.

Hace tiempo ya que grupos *antiglobalización* se vienen expresando desde Seattle a Porto Alegre bajo la consigna otro mundo es posible. Es el tiempo del ¡basta! No a las mil millones de personas viviendo en la prosperidad mientras cinco mil millones lo hacen en estado de extrema pobreza. Las/los insumisas/as se multiplican tratando de diseñar una nueva economía, más solidaria, basada en el principio del desarrollo sostenible y que tenga al ser humano como preocupación central. Es el Foro Social Mundial de Porto Alegre algo así como *la asamblea de las gentes del planeta* (Ramonet, 2002: 182). La respuesta es la militarización del Imperio y sus *guerras preventivas*, tal vez ejemplarizantes para expandir el miedo y la parálisis ante el saqueo más desembozado de los recursos en la historia de la humanidad.

Pero aquella ratio expansiva –antes moderna, ahora globalizante- ha descubierto su rostro y no le queda más que el uso de la violencia. Sin embargo no puede sostenerse solamente por la violencia y la muerte. Necesita del mundo para sobrevivir. La diversidad biológica y humana, la complejidad, parece ser la clave para la subsistencia. Porque la vida en sí misma excede a su paso todo conocimiento pretendidamente “objetivo”, toda *metodolatría*, todo saber totalitario, disciplinario, simplificador, unitario, toda voluntad de homogeneidad y globalización.

Inquietantes derroteros del pensar: el sueño del lenguaje formalizado-unificado ha conducido a la perfección técnica como condición de nuestra supervivencia y a la vez, de nuestra posible extinción. No parece viable que los científicos mutasen en gran mayoría en hombres de divergencia abandonando las prebendas de la alianza con el poder. Siempre es bueno reiterar -en este sentido- que algunos senderos de la filosofía y de los filósofos acompañaron, en tiempos no tan lejanos, y con actitud militante, el modelo de las ciencias de la naturaleza moderno (aún cuando en el seno mismo del quehacer científico se lo deslegitimaba en vista de los nuevos avances desde principios del siglo XX y a pasos agigantados), soslayando que la palabra razón no era sólo el delirio lógico de la racionalización, ciego para hombres/mujeres concretos/as y para la complejidad de lo real. Aun cuando muchos de los pensadores aludidos se autoreferenciasen dentro del racionalismo crítico.

Ilustrativa, al respecto, se nos muestra la reflexión gadameriana del relato bíblico de la Torre de Babel. En aquél se decía:

“Y hagámonos un nombre, por si nos desperdigamos por toda la faz de la tierra”. Bajó Yahveh a ver la ciudad y la torre que habían edificado los hijos de los hombres, y dijo Yahveh: “He aquí que todos son un solo pueblo con un mismo lenguaje, y éste es el comienzo de su obra. Ahora nada de cuanto se propongan les será imposible. Ea, pues, bajemos, y una vez allí confundamos su lenguaje, de modo que cada cual no entienda el de su prójimo”. Y desde aquel punto los desperdigó Yahveh por toda la faz de la tierra, y dejaron de edificar la ciudad.

Hace notar Gadamer que el mítico relato repite en una forma invertida, el problema de la unidad y la pluralidad. Ahí la unidad representa el peligro y la pluralidad su conjuración (Gadamer y Koselleck, 1997: 109)

Es cierto que la continuidad de la vida misma necesita diversidad para perpetuarse. Y la democracia del disenso, del movimiento, de las diferencias, para no perpetuarse y comuflarse. Se requieren para ella itinerarios nuevos a transitar por dis-soñadores/as, diseñadores/as, dis-sintientes... También intelectuales no esclerosados/as de Academia que se ensucien un poco con el barro de la historia, que recuperen su cuerpo y puedan sentir –tal vez- esta oportuna ocurrencia del poeta:

"No hay duda de que somos inteligentes. Pero lejos de cambiar la faz del mundo, en escena seguimos sacándonos conejos del cerebro, y palomas blancas, bandadas de palomas que invariablemente se cagan en los libros. No hay que ser un Hegel para darse cuenta de que la razón es a la vez razón y no razón; Te verás vistiendo una capa azul Basta con mirarse al espejo de bolsillo. adornada con estrellas plateadas y una capucha. Celebramos el Congreso hegeliano en el sótano donde están sepultados nuestros colegas, desempacamos nuestras bolas de cristal y nuestros horóscopos, y ponemos manos a la obra; mostramos nuestros peritajes y agitamos nuestro péndulo y nuestros informes de investigaciones. Hacemos girar las mesas, preguntamos: ¿cuál real es lo real? Hegel sonríe malicioso. Le pintamos un bigote. Ahora se parece a Stalin. El Congreso se divierte, baila sobre el volcán. Los guardias montan guardia afuera. Nuestra psique hace serenas declaraciones sobre el caso, y coincidimos en que en lo profundo de cualquier polizonte habita un ángel custodio y dentro de éste un polizonte ¡Abracadabra! Como un pañuelo enorme, desdoblamos nuestras teorías. Los hombres de la gabardina aguardan modestamente Frente al refugio a prueba de motines del seminario. Fuman, casi nunca utilizan sus armas, Vigilan nuestra nómina universitaria, Y nuestras flores artificiales y el excremento de palomas blancas que inunda el lugar".

(Enzensberger, 1998: 113)

Hubo una época en la que Brecht interpelaba a su presente histórico a través de estas palabras: "Qué tiempos son estos donde una conversación sobre árboles es casi un crimen porque guarda un silencio acerca de tantas fechorías..."

Pues ahora es un deber **hablar de árboles** como lo hace Adrienne Rich:

"Hay un lugar entre dos hileras de árboles donde la yerba crece
cuesta arriba
y el camino revolucionario estalla en sombras
cerca de una capilla abandonada por los perseguidos
que desaparecieron en esas sombras.

He caminado por ahí recogiendo setas al borde de la pavana,
pero no se engañen,
esto no es un poema ruso, no ocurre en otro lugar sino aquí,
nuestro país acercándose a su propia verdad y pavana,
sus propias maneras de desaparecer a las gentes.

No te diré donde está el lugar, la oscura red de bosques
uniéndose a la imprecisa franja de luz
espectrales encrucijadas, paraíso de hojarasca:
ya sé quien desea comprarlo, venderlo, desaparecerlo.

Y no te diré dónde está, pues ¿por qué decirte
nada? Porque aún escuchas, porque en tiempos como éstos
para lograr que al fin escuches es necesario
hablar de árboles".

(Rich, 1999)

Bibliografía

- Apffel, M. (1995) Bosque Sagrado, PRATEC, Perú.
- Dussel, E. (2000) Etica de la liberación en la edad de la globalización y la exclusión, Trotta.
- Enzenberger, H.M. (1998) El hundimiento del Titanic, Plaza y Janes.
- Gadamer, H:G.-Koselleck, R. (1997) Historia y Hemenéutica, Paidós.
- George, S. (2003) Nadie quiere los OGM salvo los industriales, en *Le monde Diplomatique* N°43.
- Merchant, C. (1980) *The death of Nature*, Harper & Row, New York.
- Michelet, J. (1987) *La bruja*, Akal.
- Mies, M.-Shiva. V. (1997) *Ecofeminismo*, Icaria.
- Nair, S. (2003) El mundo según Washington, en *Le monde Diplomatique* N°44.
- Rich, A. (1999) *Oscuros campos de la república*, Norma, Bogotá.
- Ramonet, I. (2002) *Guerras del siglo XXI*, Mondadori.
- Serres, M. (1997) *El nacimiento de la física en el texto de Lucrecio*, Pre-Textos.